

LA EDUCACIÓN ES EDUCARSE

Por: Gadamer Hans-Georg

Paidós Asterisco

Paidós
Barcelona
Buenos Aires
México

Titulo original: *Erziehung ist sich erziehen*
Publicado en alemán, en 2000, por Kurpfälzischer Verlag, Heidelberg

Traducción de Francesc Pereña Blasi

Diseño: Mario Eskenazi y Diego Feijó

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, La reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2000 Kurpfälzischer Verlag, Dr. Hermann Lehmann

© 2000 de la traducción, Francesc Pereña Blasi

© 2000 de todas las ediciones en castellano

Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,

Mariano Cubi, 92 - 08021 Barcelona

y Editorial Paidós, SAICF,

Defensa, 599 - Buenos Aires

<http://www.paidos.com>

ISBN: 84-493-0970-0

Depósito legal: B-39.702/2000

Impreso en Gràfiques 92

Av. Can Sucarrats, 91 - 08191 Rubí (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

SUMARIO

La educación es educarse

Comentario editorial

Semblanza biográfica

Hans-Georg Gadamer nació el 11 de febrero de 1900 en Marburg y paso su juventud en Breslau. Se doctoró con Paul Naterp en 1922 con una tesis sobre «La esencia del deseo en los diálogos platónicos» y fue nombrado profesor extraordinario en 1937. En 1949 sucedió a Jaspers en la cátedra de Heidelberg en la que enseñó hasta después de adquirir la condición de profesor emérito.

LA EDUCACIÓN ES EDUCARSE

Señoras y señores, como ustedes ven, soy un anciano achacoso y no deben esperar de mí que esté ala altura de mi productividad o de mi sabiduría. Eso de estar a la altura de la propia sabiduría es, de todos modos, una pretensión algo dudosa. Con todo, siendo un hombre tan anciano, se puede decir con certeza que he reunido una gran experiencia. Pero la verdad es que mi actitud frente a ustedes es también una actitud bien curiosa. ¡Es tanto lo que quisiera aprender de ustedes! Debería saber cómo es hoy una escuela, cuáles son las preocupaciones que tienen hoy los padres, las que tienen sus hijos, las que tienen sus hijas, y todo lo que precisamente ya no sé. Me he preguntado si podía sentirme llamado a hablar de estas cosas; y, sin que yo desee imponerlo, hemos acordado que, en el caso de que absorba la atención demasiado tiempo, tengamos un debate más corto. Si puedo abreviar algo la conferencia, espero que tengamos un debate más largo.

Intentaré justificar por qué creo que solo se puede aprender a través de la conversación. Esta es, ciertamente, una afirmación de gran alcance, en favor de la cual, sin embargo, yo tendría que desplegar en cierto sentido todos mis esfuerzos filosóficos en los últimos decenios. Si yo tuviera que titular de alguna manera esta lección o conferencia de hoy —no es, como ustedes ven, una lección, y tengo por uno de los más peligrosos atavismos de nuestra vida académica el que se siga hablando de lección—. Leer no es hablar; se trata de dos cosas distintas. Cuando uno habla, le habla a alguien: cuando uno lee, está este papel entre ambos. En realidad, aquí no hay nada escrito salvo un par de notas que he redactado, y por ello me sirvo de él solo por un momento.

Afirmo que la educación es educarse, que la formación es formarse. Con ello dejo conscientemente al margen los que puedan ser, obviamente, los problemas entre la juventud y sus preceptores, maestros o padres. Deseo contemplar todo este ámbito desde un ángulo distinto del que domina propiamente el debate y pretendo llevar las cosas a una idea más precisa.

Así pues, para empezar, me pregunto: ¿Quién es propiamente el que educa? ¿Cuándo comienza propiamente la educación? No quiero entrar ahora en los conocimientos especiales de la investigación más reciente que se ocupa de la relación de comunicación entre la madre y el hijo todavía no nacido. Sin duda hay aquí ya comunicación, si bien, también con toda seguridad, no de naturaleza lingüística. En cambio, en relación con el recién nacido se plantea una cuestión muy interesante: ¿Dónde están los inicios de aquello que todos consideramos sin duda como la educación básica de todo ser humano, a saber, el aprender a hablar? Aquí radican ya todos los misterios que vienen al caso también para el tiempo posterior, por ejemplo para lo que llamamos el desarrollo profesional.

Sin duda, la primera constatación aquí, aquella con la cual comienzo, consiste en decir que esto puede verse en un niño recién nacido. En los meses subsiguientes empieza con ciertos juegos, quiere coger algo y parece complacido, incluso orgulloso, de poder hacerlo. Todavía no puede coger ni querer realmente pero, con todo, uno percibe el gozo y un primer sentirse bien en ello. Casi diría: sentirse en casa, no cabe duda de que éste es el primer ingente trabajo anímico para un recién nacido: y por esta razón grita también, precisamente porque no es capaz de enfrentarse al hecho de estar repentinamente expuesto a un entorno por completo inconcebible.

Si tratamos ahora de ver de este modo lo que evidentemente es el siguiente paso frente a este primero, nos encontramos con que trae consigo los primeros años del aprender a hablar. Como todos sabemos, años increíblemente interesantes, llenos de sorpresas para los padres. El hablar del ser humano no conserva después la viveza del uso libre del hablar incipiente. Lo que a veces se muestra en él es una pérdida. Todos sabemos que palabras, o también nombres, del lenguaje de la infancia quedan adheridos a una persona durante toda su vida. Aquí hay que dar un paso más. Hay que dedicar toda la atención a procurarse, incluso para el propio nombre, algo así como una reacuñación de la palabra utilizada por los padres, y algo parecido ocurre con los nombres de los animales y en otros muchos casos. Naturalmente, este tema se puede estudiar particularmente bien en el caso del poner nombres.

Así pues, nos preguntamos: ¿Quién educa aquí? ¿O es esto un educarse? Es un educarse como el que percibo en particular en la satisfacción que uno tiene de niño y como alguien que va creciendo cuando empieza a repetir lo que no entiende. Por fin lo ha dicho bien, y entonces está orgulloso y radiante. Así,

debemos partir quizá de estos inicios para no olvidar jamás que nos educamos a nosotros mismos, que uno se educa y que el llamado educador participa solo, por ejemplo como maestro o como madre, con una modesta contribución. Veremos todavía todo lo que esto implica. Si se me permite el recuerdo de mi propia infancia y de la de otros que conozco de mi propia vida familiar, esto será, claro está, solo una ilustración que cualquiera podría aportar. Es patente que el momento en que, después de los padres, empiezan primero el jardín de infancia y después la escuela, significa un gran corte en estos años de aprender a hablar. Sin duda es un gran paso en el que tiene lugar algo realmente nuevo, «de la cuna, por así decir, hasta la sepultura». Me refiero a la relación con los otros seres humanos, la comunicación.

Yo tenía una hija, y en ocasiones mi esposa debía pedir a la asistenta —entonces teníamos una asistenta— que le cambiara los pañales. Ello daba lugar a continuación a grandes berridos. Al principio, yo también tenía que hacerlo algunas veces y en opinión de mi esposa —seguro que tenía razón— lo que yo había llevado a cabo era simplemente una tortura. Pero, ¡mira por dónde!, la niña estaba resplandeciente y se dormía satisfecha. En efecto, así son las cosas en la comunicación, de la cual no sabemos absolutamente nada todavía y que, sin embargo, cumple este proceso del llegar a estar en casa que yo designaría con el mayor énfasis como la idea directriz de toda clase de educación y de formación. También la formación se forma así, si tenemos en cuenta solo una cosa, a saber, que la así llamada formación escolar tiene siempre una marca característica: también aquí solo hay lo que justamente se ha formado. Estas no son lo que llamamos especialidades particulares, sino que ya significa algo así como formación general, algo que, ciertamente, se desarrolla solo lentamente.

Claro está que el jardín de infancia se encuentra actualmente en un proceso de evolución del cual todavía no sabemos nada con exactitud. Los misterios y las dificultades del campo de la educación se han visto en gran medida apremiados y, en último término, amenazados por la revolución industrial. Esto significa que también las madres se ven obligadas, más o menos, a la actividad profesional. Para la población en su conjunto debemos tomar nota de ello incluso allí donde nos encontramos con personas no sujetas a dicha obligación. Después de todo, también la figura del padre ausente, el que tan raramente esté ahí, es una experiencia curiosa. Pero en el caso del niño que está totalmente al cuidado de los padres, ¿qué ocurre cuando ambos se van a trabajar? Esto es algo que he aprendido a estudiar especialmente en América. Por cierto que todo lo que es problemático debemos estudiarlo alguna vez en otras partes. Esto es por lo menos prudente, y así he tenido también ocasión de conocer bastante bien los Estados Unidos. Es muy necesario tener claro lo que significa, por ejemplo, el hecho de que yo le dijera a un colega en su lugar de trabajo: «Pero, usted tiene también familia, dos hijos» y que él respondiera: «Bueno, ¡qué más da!, están frente a la tele». Se pueden ustedes imaginar los problemas que este padre llegará a tener si se han hecho más fáciles estos primeros años gracias a que los hijos han estado mirando en exceso la televisión. Naturalmente, ha cometido ahí un funesto error. Ninguna valoración del peligro que en un caso como éste representan los grandes medios de comunicación para el auténtico ser hombre puede ser suficientemente alta. Pues se trata por encima de todo de aprender a atreverse a formar y exponer juicios propios. Esto no es en absoluto fácil. Hablamos con los niños y sabemos hasta qué punto les es difícil empezar a escucharnos, y cómo prefieren intentar ganarse a los extraños con una sonrisa seductora.

Pues bien, éste es el tipo de problemas que, tras los primeros pasos en el jardín de infancia, generan los primeros años escolares. ¿Con qué empiezan? Ante todo, naturalmente, con los muchos compañeros, de los cuales no todos le gustan al niño, aunque si algunos. Todo el juego de gustar y no gustar, de la simpatía y la antipatía, todo lo que demanda la vida en su conjunto, acontece también en las clases. El pobre maestro ejerce una función muy modesta si pretende influir en este proceso. Allí donde el hogar ya haya fracasado por completo, normalmente tampoco el maestro tendrá mucho éxito. Pero es claro que esto son cosas obvias que no precisan mayor comentario. Quiero solamente mostrar sus consecuencias. De lo que se trata es de que el hombre acceda él mismo a su morada. Esta es una expresión utilizada por Hegel, un gran filósofo que en su uso especulativo se atrevió a modificar algo las palabras, por ejemplo de morar [*hausen*] a acceder a la morada [*einhausen*]. El acceder a la morada en el mundo se muestra también con ese atrevimiento a formar nuevas palabras del que he hablado. Esta edad es muy interesante, mucho.

Pero este «mundo» de la familia experimenta luego, como veíamos, una primera tendencia a la igualación y a la adaptación, primero en el jardín de infancia y luego, mucho más, en los primeros años escolares. Allí se exige algo nuevo que después se expresa de múltiples maneras. Un comienzo totalmente nuevo es, por

cierto, el aprender a escribir. ¡El aprender a escribir! Cualquiera lo recordará inmediatamente y yo ni siquiera sé con exactitud actualmente en qué consiste en la práctica, sin embargo supongo que por ahora se aprende todavía a escribir antes de aprender a servirse de un aparato. Obviamente, lo que si se es que esto tiene una función totalmente distinta. En todo caso existe todavía, como se sabe, la llamada escritura escolar. Se enseña en la escuela y llega a ser una de las cosas más interesantes, en la que podemos reconocer la evolución del ser humano. El momento en que a partir de la escritura escolar se forma la escritura a mano. Ignoro si este símbolo subsistirá por mucho tiempo. Es probable que dentro de poco apenas exista algo como la escritura a mano, a lo sumo existirá para las firmas. Pero siempre fue una especialidad peculiar el hacerlas ilegibles. Y aquí se trata de problemas que nos llevan a otras cosas que también forman parte manifiesta de la educación.

Añadamos ahora la pregunta: ¿Para qué es uno propiamente educado? ¡Ah!, me acuerdo muy bien de mi propia infancia, y a veces viene también a mi mente mi propia experiencia profesional, cuando ocurre, por ejemplo, que un estudiante me llama por teléfono: «Profesor, disculpe la pregunta, pero leo aquí en un libro esto o aquello; ¿qué significa en realidad la palabra?». Esto no son modales, pues los modales exigen que uno no piense solo en sí mismo sino también en que se molesta a alguien cuando se le llama por teléfono. Y en todo caso uno debe tener especiales razones si, a causa de la importancia del asunto, es necesaria una respuesta inmediata. En cualquier caso, esto va contra los buenos modales, hubiéramos dicho antes. Ahora bien, esto se va convirtiendo paulatinamente en un problema. Obviamente, sabemos que esto llega a ser un arduo problema en las familias en las cuales no es posible que el crecimiento de los niños se produzca precisamente bajo un gran cuidado de los padres. Y justamente allí el tener buenos modales alcanza un altísimo valor social. Que alguien que crece en condiciones modestas se muestre bien educado es algo que se nota en la manera de hablar, algo que le da un atractivo que percibimos enseguida con respeto. Naturalmente, algo similar ocurría en los países en los que se habla habitualmente en dialecto. Yo vengo de Silesia, y allí las capas altas de la sociedad no hablaban en absoluto el silesiano. Tal cosa estaba incluso prohibida, a causa de la proximidad de la lengua polaca, que se hablaba en partes de la Silesia «prusiana» y donde las familias alemanas estaban naturalmente a la defensiva frente a la presión de la población polaca. Ahora bien, todo esto son pequeños problemas que se muestran igualmente en otros países bajo otras formas. Tengo perfectamente claro que yo, como silesiano en territorio suabo, no soy otra cosa que un extranjero, que, no obstante, lleva cincuenta años en Heidelberg. A nadie se le ocultará que esto es una circunstancia atenuante.

Vuelvo a hacer hincapié en la enorme importancia de la lengua materna. Realmente es algo que, como se ve, encierra fuerzas insuperables que no cabe subestimar. La lengua materna persistirá en el mundo venidero con absoluta seguridad. He estado lo suficiente en América y en otros continentes como para saber que las tradiciones familiares y, sobre todo, la propia lengua materna, se respetan y se cultivan. Es así en gran escala en toda América. En California, por ejemplo, uno se encuentra con un gran número de pueblos o ciudades japoneses y rusos. No hay que dejarse engañar por el lenguaje de las relaciones comerciales, cuyo desarrollo lleva ya actualmente en mayor o menor medida a un predominio absoluto del inglés en Europa y pronto en todo el mundo. No es de eso de lo que estoy hablando, sino de la lengua materna, en la cual uno hace preguntas y aprende, y mantiene conversaciones como adolescente. Normalmente, las conversaciones no se mantienen tampoco por teléfono. Hay quien lo hace, lo cual es muy malo para los que pretenden dar otro uso al teléfono. El fenómeno es conocido. Existe precisamente algo así como la manía del cotilleo. No obstante, ejercitada con moderación, la tendencia a la conversación es una buena cualidad. De todos modos quisiera subrayar que, en todo caso, aquí se da decididamente prioridad a la lengua materna, incluso por parte de quienes se crían en muchas o en varias lenguas. Igualmente, no es en modo alguno infrecuente que el padre y la madre, aun usando una sola lengua en el marco familiar, hablen en otra con el resto de personas. Claro que, entretanto, hay de todo.

Ahora bien, éste es un tema totalmente nuevo que va también de la mano de la revolución industrial, al que se añade el hecho de que cada vez aprendemos más a manejar lenguas extranjeras. Solo puedo decir con asombro que la significación de este hecho parece estar muy lejos de corresponderse con la práctica. No se trata ya de la forma con la que a mi y supongo, que a ustedes, se nos enseña en mayor o menor medida una lengua extranjera por medio de la lectura de textos y de la escritura. Esto no es lo habitual. Lo habitual es la conversación, y algo que no puedo inculcarles con fuerza suficiente es que de hecho nuestro mundo social tiene ahí cada vez mayores posibilidades. Quien está acostumbrado a hablar solo en dialecto se comporta de inmediato de un modo un tanto extraño frente a los que hablan el alto alemán —es inevitable—. En ello se

pone de manifiesto que uno va viendo cada vez más lo que la conversación significa para el otro. Y éste es un punto en el cual soy decididamente de la opinión de que en el aprendizaje de las lenguas extranjeras vemos en demasía una relación unilateral y no una comprensión recíproca. Queda claro que tenemos buenas razones para aprender una lengua y para aprender lo que hay que saber acerca de su contenido, y ello implica también, sin duda, la lectura. De modo que es comprensible que esto tenga una cierta extensión que los programas de estudios privilegian. Con todo, señoras y señores, concédanme que es muy peligroso considerar obligatorios los planes de estudios, sería malo que ocurriera en todas partes. Afortunadamente no sucede, aunque aún se sigan considerando lo más importante. Tal como lo veo, lo más importante sería ser capaz de contestar cuando se nos pregunta y ser, a su vez, capaz de hacer preguntas y recibir respuestas. Si yo tuviera algo que afirmar al respecto —lo que, en verdad, no es el caso— diría que en los planes de estudios, por cada 45 minutos de clase en lenguas extranjeras se deberían reservar como mínimo 10 minutos para preguntas. Esto sería un plan de estudios indeterminado de primera categoría. Especialmente cuando se trata de lenguas extranjeras como, pongamos por caso, el inglés y el francés.

En el caso del aprendizaje del latín es otra cosa. En el latín se puede finalmente llegar a entender la gramática. Sin embargo, por desgracia, es una barbaridad inculcar la gramática de la lengua materna. Recuerdo el único fracaso que tuve como niño en la escuela —pueden ustedes imaginar que yo era un alumno bastante bueno—. En el tercero de primaria, tuve que aprender la gramática del alemán, las declinaciones: yo - mío - a mí - me; tu - tuyo - a ti - te (todavía me las sé de memoria) y me encontré de pronto entre los tontos, los que iban atrasados en todo. Se trataba de algo que nunca me había sucedido; tuve que ser oportunamente adiestrado para aprender a declinar. En realidad cuento esto ahora (es muy divertido oírlo) solo para mostrar los problemas que uno tiene al respecto. Este tipo de gramática no es propia del alemán, sino que es una transposición a partir del latín. Es algo que está muy claro. Para el aprendizaje de las lenguas extranjeras se necesita la gramática latina, y todas las palabras que se emplean son aún palabras latinas y así seguirá siendo siempre. Quien todavía no sabe latín tendrá dificultades con la gramática. Resumo de este modo mis experiencias de niño en la escuela. Otro ejemplo: en mi juventud tuve una experiencia que supongo que todos ustedes tienen a su modo: el caso de un profesor que se interrumpe, pretende atenerse al plan de estudios, y dice: «Pero esto no es para vosotros todavía». ¡Algo así no se olvida jamás! y es doblemente interesante. Se ve qué es lo que no importa y se observa qué es lo que vale: despertar el placer de aprender. Todos ustedes conocen asimismo las estrategias con las que, cuando uno está mal preparado, se logra que el maestro no consiga plantear las preguntas del examen apabullándolo con esas mismas y difíciles preguntas. Así se da, naturalmente, esta guerra de guerrillas. En modo alguno quiero empequeñecer esta estrategia y esta táctica. Ha existido siempre, pero habría que tener en cuenta mucho más su papel central. Aprender una lengua no quiere decir necesariamente escribirla impecablemente sino, por encima de todo, ser capaz de dar cuenta de algo. Lo recuerdo: yo iba a la escuela, en los infaustos años de la guerra, en 1914. Iba a una escuela que, según me he informado, tenía un plan de estudios parecido al que tienen aquí. La primera lengua extranjera que aprendí fue el francés, por cierto que, durante un año, mediante una fonética. Durante un año no pude hablar una palabra francesa..., me limitaba a producir sonidos franceses. Ese era por entonces el gran progreso de la fonética alemana que se practicaba en ciudades como Breslau. Me temo que esto ha cambiado después. Sin embargo, antes era habitual y tuvo como consecuencia que, aunque nunca he vivido por mucho tiempo en Francia, aún hoy mi francés no se hace notar por la pronunciación. Cometo otra clase de errores, pero la pronunciación es buena, y para una conversación esto es mucho más importante que lo que digo.

Ahora bien, esta observación general pone de manifiesto hasta qué punto el otro está siempre presente en nuestro ser en el mundo. Lo mismo que ocurre entre los niños, ocurre también entre las lenguas extranjeras. De este modo sale a la luz el educar-se recíproco. A ello se suma el papel que desempeñan los padres o quienquiera que sea que cuide de los niños. Pienso que uno se puede imaginar cómo todo esto continua, como continua paso a paso de modo que al final uno recibe siempre improntas perdurables. Así no hace falta que los modales tengan esta forma bárbara que consiste en ponerlos innecesariamente de relieve a cada instante, sino que se brinda a cualquiera la ocasión de comportarse de un modo que pueda ser grato al otro, y viceversa: la educación es así un proceso natural que, a mi parecer, cada cual acepta siempre cordialmente procurando entenderse con los demás.

De este modo nos vamos aproximando poco a poco a lo que luego uno aprende en las escuelas. Estoy hablando de entenderse en una lengua extranjera. Es obvio que la lectura, y la lectura comprensiva en la

propia lengua materna y, por supuesto, en las lenguas extranjeras, figuran entre las grandes ampliaciones de nuestro horizonte mundano. Debo reconocer al respecto que, no por mi culpa sino por la de la historia mundial, yo no he aprendido en verdad ninguna de las grandes lenguas extranjeras mediante la estancia en el país correspondiente. Esto no fue posible. De 1914 a 1945 tuvimos una guerra de treinta años. Por lo que se refiere a los viajes, todos sabemos cuán rápidamente se hicieron imposibles, sobre todo por razones económicas, tras la toma del poder por los nacionalsocialistas.

Ahora empiezo a acercarme a la cuestión: ¿Qué es lo que se aprende en la escuela? ¿Cómo se forma uno? ¿Cuál es la formación que se configura? Solemos llamarla «formación general», y con ello hacemos referencia a algo que, en efecto, es muy importante, a saber, que no se impongan prematuramente las especializaciones. A mí parecer, algo que todavía hoy está bien en las escuelas superiores alemanas es que no se persiguen en exceso las especializaciones. Existe, sin embargo, una materia de importancia muy especial: las matemáticas. Puedo asegurarles que he mantenido relaciones de amistad con muchísimos matemáticos, entre ellos algunos de primerísima categoría, premios Nóbel, etc., y he conversado con ellos muchas veces sobre dicha cuestión. El resultado fue siempre el mismo: los mejores matemáticos son siempre los humanistas, pues ellos habrían aprendido a trabajar mejor y no habrían aprendido una falsa matemática. La verdadera matemática es demasiado difícil para las escuelas. ¡Esto es sencillamente una realidad! Ello no significa que debamos renunciar a ella, pero debemos ser conscientes de que el haber tenido buenas notas no es un indicio relevante para estudiar matemáticas después. Entonces hay que aprenderlo todo de nuevo completamente. Se trata de algo que mis colegas de esta materia con los que he podido mantener conversaciones en muchas universidades consideran un hecho muy importante. Esto no se limita a las matemáticas. Existe, por demás, algo así como un sensorio para lo que uno debe saber y para lo que uno desea saber y donde solo en último término en el trato con el otro, en el uso, uno se puede mostrar efectivamente. Es lo que uno necesita para poder entenderse con el otro.

Con ello estamos justamente en medio de lo que yo considero un punto de vista decisivo también en mi propio mundo filosófico, a saber, que el lenguaje solo se realiza plenamente en la conversación: También para el maestro, ser realmente capaz de ello es solo una posibilidad limitada. Es completamente claro que determinadas unidades del plan de estudios deben ser respetadas, pero lo decisivo es, sin embargo, que a la postre se dé al adolescente la capacidad de enmendar sus propias carencias de saber a través de su propia actividad. El educar-se debe consistir ante todo en potenciar sus fuerzas allí donde uno percibe sus puntos débiles y en no dejarlos en manos de la escuela o, menos aún, confiarlo a Las calificaciones que constan en los certificados o que, acaso, los padres recompensan.

No vayan a creer que hablo aquí de cosas que me son desconocidas. Decir: «el mundo cambia» es el privilegio de un anciano pensativo. ¿En qué dirección va a cambiar? Bien, no hay duda de que, obviamente, aparte de las firmas, apenas se desarrollarán ya escrituras a mano. Una pérdida. De este modo nos se acostumbrará a la escritura a máquina de las más diversas formas, que van mejorando continuamente. Se ira cada vez más deprisa y con ello, según creo, ganaremos tiempo. Pero debemos aprender a emplear dicho tiempo. Ganaremos tiempo, salvo los cotillas usuarios del teléfono ya mencionados. Es obvio que deberemos aprender a ser tanto más breves y concisos con los medios modernos para que este tipo de comunicación pierda el carácter horrendo de otro modo inevitable. Basta recordar algo que antes era obvio: no se debía invitar a nadie por teléfono a una visita a casa, sino que había que escribir una carta, o algo parecido. Es del todo claro por qué razones son muchas las cosas nuevas que nos esperan. Ahí se encierran a su vez nuevas exigencias. ¿Y de qué modo, si no se forman grupos, ha de realizarse ello en estas universidades, o también en las escuelas? Se trata de algo que debemos aprender. ¡También las asociaciones! De modo que soy un gran defensor del fomento de todas las asociaciones ciudadanas porque en ellas se ejercita la convivencia humana. Esta convivencia es, en efecto, la palabra clave con la cual la naturaleza nos ha elevado por encima del mundo animal, justamente por medio del lenguaje como capacidad de comunicación y éste es el punto al que quiero llegar. Al respecto, la iniciativa debe residir más bien en la juventud misma. Todos hemos tenido que aprender esto. Y la juventud estará dispuesta a seguir haciéndolo a su modo. A tal fin, cuando ustedes empiecen a estudiar, entraran en nuevos círculos. No ya el amigo del colegio, los compañeros de clase —el reencuentro con un compañero de clase es algo de un valor muy especial cuando uno se hace mayor—. Uno tiene una experiencia concreta de las fuerzas vinculantes que dormitan en cada uno de nosotros allí donde mantuvo vínculos íntimos e hizo nuevas experiencias, que intercambia con el otro. Asimismo, en el tempo uniformizador en el que suelen transcurrir las relaciones

comerciales y los negocios, será tanto más importante que, en un momento de tiempo libre, uno hable con su superior, o su subordinado, con verdadera sensibilidad, o bien con indiferencia. Algo que nunca cambiará es el hecho de que no es lo que pueden transmitir las máquinas lo que tiene auténtico valor informativo. Esto vale ya para la escritura a mano, como ya sabemos por la grafología. Pero no hay duda de que vale igualmente para todos los otros adelantos que nos esperan y que no se pueden ignorar, pues es evidente que tienen su función determinada. Pero también nos invitan a desarrollar la cara opuesta que nos hace falta.

Ahora puedo verlo muy claramente en las universidades. Allí tenemos clases gigantescas a las cuales asisten centenares de estudiantes. Ni el profesor puede reconocer al alumno dotado ni se pueden reconocer entre sí los que congenian. Es un ajetreo desesperante. Espero que algún día la cosa cambie. Lo veo en los ejemplos americanos e ingleses. En algunos países funciona. Pues bien, ¿cuál es aquí el problema? ¡Iniciativa y capacidad de juicio! Ciertamente, hay mucho. Recomendar el libro adecuado, no porque haya sido anunciado en una revista. Falsos anuncios, esto es, anuncios a los que lo mejor es no hacer caso, los hay siempre. Pero ¿qué es LO que realmente merece la pena? Recuerdo lo que significo para mí el marcharme de repente de casa, es decir, el convertirme en estudiante. De pronto —era en tiempo de guerra— entré a formar parte de un círculo en el que había chicas estudiantes, chicas cultas y encantadoras, y se aprende de pronto algo totalmente nuevo. Recuerdo, por cierto, haber leído en ese año, 1918, un libro de Theodor Lessing, *Europa und Asien*, porque me lo habían recomendado. Fue para mí un mundo nuevo. El conocido Theodor Lessing, alumno de Husserl, era un periodista de izquierdas que más tarde cayó víctima de un atentado. Tenía sin duda sus aspectos jocosos y desagradables. En modo alguno pretendo elevarlo a la categoría de genio, pero no quisiera estar privado de la experiencia que tuve con su lectura. Aprendí que la crítica a la ética del rendimiento que, como optimismo del progreso, lo domina todo, era ya por entonces, en el año 1918, un mensaje totalmente nuevo que me causó una profunda impresión. Entonces empecé a leer las novelas rusas, y las escandinavas y holandesas, es decir, todo lo que era bueno y fácil de traducir. Y así es como se forma uno. Este tipo de formación es hoy especialmente necesario en las universidades, pues los medios de masas lo dominan todo y tienen efectos ensordecedores, mientras que en los planes de estudios y de preparación profesional de las universidades las especializaciones van en aumento —a despecho del nombre «universidad»—. Si observamos los trabajos científicos que se presentan como tesis doctorales, es terrible constatar hasta qué punto esto se limita a la proliferación de especialidades. Circunstancialmente, puede dar lugar a fructíferas contribuciones científicas; pero, en tanto que actitud básica para abrirse camino y llegar a estar en casa en nuestro mundo, las experiencias decisivas y la propia capacidad de juicio y formación quedan muy restringidas. Hoy en día se trata más bien de adaptarse a lo que está en curso, de manera que uno no puede decir qué le parece algo, a no ser que pueda documentarlo en un libro. Hay que oponerse a esto, aun en el caso de que el éxito no esté claro. Una preocupación de la que se oye hablar mucho es que incluso en nuestra economía se practica demasiado el seguimiento de reglas y la evitación de riesgos. ¿Quién ha aprendido realmente si no ha aprendido de sus propios errores?

Bien, yo no puedo emitir un juicio al respecto y estoy lejos de permitirme tal cosa. Pero me mantengo en que, si lo que uno quiere es educarse y formarse, es de fuerzas humanas de lo que se trata, y en que solo si lo conseguimos sobreviviremos indemnes a la tecnología y al ser de la máquina.

COMENTARIO EDITORIAL

Hans-Georg Gadamer pronunció la conferencia que aquí se publica el 19 de mayo de 1999 en el Dietrich-Bonhoeffer-Gymnasium de Eppenheim, en el marco de un ciclo sobre el tema «La educación en crisis — una oportunidad para el futuro—». La grabación magnetofónica permitió una transcripción exacta, redactada y corregida personalmente dos veces por el autor. Pese a ello, se ha preservado en gran parte el carácter propio del lenguaje hablado.

En el curso de la conferencia, Gadamer hace de paso una especie de balance de sus propios empeños educativos, hablando de experiencias personales e ilustrando con muchos ejemplos los efectos que pueden tener en la configuración de una personalidad determinados influjos y acontecimientos externos.

En el umbral del nuevo siglo y poco antes de su den aniversario, Gadamer expone algunas provocativas ideas —sorprendentemente nada convencionales— sobre el proceso educativo en la familia, la escuela y la universidad que giran principalmente en torno a los temas siguientes: el papel preponderante de la capacidad de hablar y del aprendizaje de la lengua (de las lenguas), las más bien modestas posibilidades de influencia de los educadores profesionales, las oportunidades y los peligros de los grandes medios para la cultura de la comunicación, la importancia de los programas de estudios, los métodos de enseñanza y las asignaturas, con especial atención a las matemáticas, los problemas del funcionamiento masivo de la universidad, la ética del rendimiento, el optimismo del progreso y las especializaciones en relación con el llegar a estar en casa en nuestro mundo.

Ulrich Gebhard

SEMBLANZA BIBLIOGRÁFICA

Hans-Georg Gadamer nació el 11 de febrero de 1900 en Marburgo. En su temprana juventud su familia se trasladó a Breslau, donde el padre obtuvo una cátedra de química farmacéutica. Gadamer pasó su juventud en Breslau y allí asistió a lo que se llamaba un Instituto de Reforma, que empezaba con el francés como lengua extranjera. A ello se añadieron durante el bachillerato seis años de latín y cuatro de griego.

Las visitas al teatro de Breslau lo llevaron a acercarse a partir de los catorce años a la literatura clásica. Estas impresiones le indujeron a estudiar, además de filosofía, germánística en Breslau. Como consecuencia del nuevo traslado de la familia a Marburgo, Gadamer continuó allí sus estudios. Paso el semestre de verano de 1921 en Munich y después se doctoró en 1922 con el filósofo Paul Natorp, con una tesis sobre el tema: «La esencia del deseo en los diálogos platónicos».

En el año 1922 Gadamer superó una parálisis infantil. A fin de conocer a Heidegger pasó el semestre de verano de 1923 en Friburgo. Heidegger suscitó en Gadamer dudas sobre su capacidad para la filosofía. Este estudio luego filología clásica, desde 1925 hasta el examen de estado en 1927. Después, Heidegger le ofreció una habilitación. Gadamer se habilitó en Marburgo con el escrito «Interpretación del Filebo platónico».

En 1937 fue nombrado profesor extraordinario y, dos años después, profesor ordinario en Leipzig, donde permaneció hasta 1947. En 1949, tras dos años en Francfort, sucedió a Jaspers en la cátedra de Heidelberg, en la que enseñó hasta después de adquirir en 1968 la condición de profesor emérito.

Hans-Georg Gadamer ha recibido numerosos homenajes y distinciones y ha sido admitido como miembro en muchas academias.